

Manuel Prieto y Arsenio Muñoz

TESTIGOS DE FE
EN EL PAÍS DEL
SOL NACIENTE

editorial Cuadernos del Laberinto

editorial Cuadernos del Laberinto

Manuel Prieto y Arsenio Muñoz

TESTIGOS DE FE
EN EL PAÍS
DEL SOL NACIENTE

BIO-ICONOGRAFÍAS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
COLECCIÓN DE PENSAMIENTO, nº 8
MADRID • MMXVII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MANUEL PRIETO Y ARSENIO MUÑOZ

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com

Dibujo de cubierta: *S. Francisco lava y besa a los leprosos.*
Tomado de la edición facsímil de la Legenda Mayor de San Buenaventura.
Preparado por Luíís Pérez Simón.

Primera edición: Mayo 2017
I.S.B.N: 978-84-947160-5-8
Depósito legal: M-14299-2017

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

PREAMBULO

Antes de adentrarnos en estas iconografías de martirios hemos decidido detenernos brevemente y trazar un boceto del marco y fondo sobre el que las efigies aparezcan, como el lugar propicio de su epifanía y encuadre. Sabemos cómo los colores fríos alejan y los cálidos aproximan; que el empleo de unos u otros de forma indebida, mueven la figura hasta hacerla borrosa, cuando no intemporal, como ocurrió con la biografía de muchos santos. Elegir los elementos de ese fondo y marco era como adentrarnos en un terreno histórico minado, empero sin estrategia. Pero, nosotros, ni somos estrategas de la historia, ni pretendemos desactivar nada. Simplemente deseamos abocetar el retablo de este programa iconográfico que la Apostólica Provincia de San Gregorio de Franciscanos Descalzos de las Islas Filipinas, propuso como paradigma de su acción misionera. Lo hacemos sobrevolando la tierra pantanosa del tiempo, de las personas, de las causas y circunstancias históricas que ocasionaron las persecuciones y propiciaron estos martirios. Sólo pretendemos que el lector, a la vez que hace una lectura estética con la contemplación de estas imágenes de mártires, la haga también histórica, situándolos en su marco correspondiente. Por eso hemos decidido dejarnos conducir por quienes, mejor que nosotros, han trazado esa arquitectura.

En 1542 surge el Japón ante la civilizada Europa —dice Fidel de Lejarza— y muy poco después entabla sus relaciones comerciales con Portugal. Tampoco pasaron muchos años sin que las iniciase con los españoles de Filipinas, si bien no con tanta frecuencia ni tan asentadas, mas siempre en términos de cordialidad y buena inteligencia, siendo más los navíos japoneses que frecuentaban el puerto de Manila que los

españoles los del Japón. Desde esa fecha hasta 1592 Japón sale de su desconexión política con el resto del mundo y emprende resueltamente el camino hacia su unidad nacional cada vez más fuerte. Su contacto con Occidente lleva a las islas nipónicas no sólo la fe cristiana con San Francisco Javier en 1549, sino también los grandes valores culturales de Europa.

Pero en 1587 se decreta el primer edicto de persecución contra los cristianos extranjeros, se renueva éste en 1596 y son desterrados definitivamente en 1614, de tal forma que los que pudieron seguir ejerciendo el ministerio lo hacen ocultamente, con dificultades inmensas y como a salto de mata.

Los primeros franciscanos habían llegado a Japón en el año 1582. Fueron los hermanos legos fray Juan Pobre Díaz Pardo y fray Diego Bernal. En aquellas tierras donde San Francisco Javier había establecido las Misiones de la Compañía de Jesús, estuvieron los dos humildes franciscanos unos seis meses. Nuevamente volvió fray Juan Pobre con otro franciscano, en compañía del P. Francisco Manrique, agustino, en 1584 cuando, de camino a Macao, fueron arrojados por una tempestad al puerto de Firando (Hirado) en la nave del capitán Bartolomé Báez de Landero.

Las memorias contemporáneas escriben que el porte humilde y el hábito pobre de los franciscanos subyugaron los ánimos de los japoneses, que besaban el suelo que pisaban y hasta les tomaban pedazos de hábito por devoción. Después de dos meses de estancia en aquellas tierras se volvieron a Manila¹.

La entrada oficial de los franciscanos tiene lugar algunos años más tarde, en 1593, con la famosa embajada de San Pedro Bautista, enviado desde Manila por el gobernador Pedro Gómez Pérez Dasmariñas². Conocido es el buen resultado de la embajada y las amistosas relaciones de los Franciscanos con el Emperador Taykosama, merced a las cuales pudieron

1. Archivo Ibero Americano (= AIA), VI, Madrid, 1915, 245—248; IX, 1918, 81.

2. Vid. España Misionera, II, 1945, 326—355

fundar casas e iglesias en Kyoto, Osaka y Nagasaki. La misma protección les dispensó el gobernador Maeda Motokatsu, llamado también Guenifoin. «*El gobernador del reino —dice el P. Ribadeneira—, sabida la obra de los hospitales, dixo era honra grande del reyno que hubiese en él gente de tanta piedad, y solía dezir: viendo estos Padres Descalzos sientto acá dentro en el corazón un no sé qué, que me dize que deve haber salvación y otra vida*».

A San Pedro Bautista habían acompañado tres franciscanos, designados por el Provincial fray Pablo de Jesús y por Gómez Pérez Dasmariñas. Eran el P. Bartolomé Ruiz y los hermanos legos San Francisco de la Parrilla y San Gonzalo. El último, nacido en la India, de padre portugués, y catequista de los padres Jesuitas durante varios años en el Japón, se había hecho franciscano seducido por la sencillez y santidad de vida de Juan Pobre Díaz Pardo. Al año siguiente mandó el P. Provincial otros cuatro Padres: Agustín Rodríguez, Marcelo de Ribadeneria, Jerónimo de Jesús y Andrés de San Antonio. Luís Pérez Dasmariñas, gobernador de Filipinas por muerte de su padre, los despachó como embajadores con nuevas cartas para Taykosama. El P. Andrés murió a la vista de Formosa, y los otros tres llegaron a Hirado el 27 de Agosto. Desde allí se dirigieron a Kyoto, y «como veníamos con título de embajadores en cada lugar se nos daba fácilmente embarcación», dice el P. Ribadeneira³. De Kyoto, acompañados por San Pedro Bautista y por San Gonzalo, se trasladaron los nuevos embajadores a Fushimi para presentar sus cartas al emperador, el cual los recibió con mucha bondad y cariño. En años sucesivos fueron llegando otros franciscanos. Las Misiones fueron en continuo progreso.

De una Relación de fray Juan Pobre de Zamora es el siguiente párrafo, más elocuente que un tratado sobre la historia de las misiones franciscanas:

El concierto (de vida) que se tiene, así en el convento como en los hospitales, es admirable. Los religiosos dicen sus maitines, ya cantados, ya rezados; largas vigiliias, devotas oraciones, continuas disciplinas y ayunos.

3. Ribadeneira, cap. IV. Cf. AIA, IX, 1918, 102 s.

A las cuatro y a las cinco dicen Prima, Tercia, Sexta y Nona, y luego la Misa Mayor, cantada o rezada, conforme es la fiesta del día. Luego los religiosos se van a estudiar la lengua. Los japoneses cristianos, que son seis, a predicar a los gentiles, que acuden tantos a oír, que muchos días no les dan lugar para comer ni para cenar. Tanta es la gente que acude, que acontece estar predicando hasta las diez y más de la noche. Los religiosos, a las dos, dicen Vísperas y Completas, y luego la mitad de ellos van a bautizar, y la otra mitad a lavar los leprosos; y en este ejercicio se ocupan hasta las cinco que se van al coro a decir la *Benedicta*, y están hasta cerca de las ocho en oración...

Pues en los hospitales ¿quién habrá que no loe al Señor de ver el concierto que hay? Dicen la doctrina cinco o seis veces al día, y están tan diestros en decirla los pobres y algunos tan enseñados en la fe, que no ha entrado el gentil haciendo muchos ascos y tapándose las narices, porque aborrecen extraordinariamente los pobres, y más leprosos, más luego no le falta alguno que le dice: «tapaos, tapaos, que más mal olor hay en el infierno y mayor tormento». Diciéndoles otras cosas que a muchos gentiles han convertidos las palabras llanas y sin doblez de estos simples...

De este tenor serían los innumerables episodios que pudiéramos sacar de las relaciones de nuestros misioneros. Los Franciscanos, en efecto, siguiendo el ejemplo del Serafín de Asís, sintieron siempre especial predilección por el apostolado fundado en la caridad heroica, practicada en los hospitales y leproserías y en el socorro de los pobres. Y este método de evangelización subió de punto, si se quiere, en las Misiones del Japón. El mismo fray Juan Pobre de Zamora nos relata lo que sigue:

Yo estaba delante cuando entró un gentil, y viendo cómo el hermano Marcelo lavaba a los leprosos, lo estuvo mirando, y de allí a poco espacio comenzó a predicar a los cristianos y a decir al que no lo era: «Sean muy agradecidos a estos Padres lo que hacen por vosotros. Dejan el regalo que tenían, vienen de lejanas tierras a curaros, no hay padre ni madre que tal haga con su hijo en Japón, matarlo sí, si no es de provecho». Y diciéndoles estas cosas, dio a todos limosna y se fue⁴.

4. AIA, X, 1918, 54, s.

El crecimiento del número de los cristianos en el Japón era verdaderamente extraordinario. Pero también estaban ya cercanos los días de tribulación. Persecuciones tan inauditas como las del Japón y tan refinadas y crueles, cuenta pocas la Historia de la Iglesia. ¿Causas? Fueron, sin duda, muchas y variadas. Pero no la menor, ciertamente, fueron los intereses de naciones que se encontraron y combatieron con medios no siempre lícitos en tierras del Sol Naciente.

España, al llegar al Japón y a la China, siempre por la ruta de Occidente, se encontró con los intereses de otra potencia colonial, la cual seguía la ruta inversa de Oriente. Esta potencia era Portugal, nuestra nación hermana en el espíritu misionero, pero no demostró, ni podía hacerlo, el mismo poder de asimilación de los países ocupados que demostró España, por contar con menos medios.

San Francisco Javier había pasado al Japón vía Lisboa-India. La misma ruta siguieron los demás jesuitas. España llegó al Japón y China por la vía de México-Filipinas. Portugal, que había cogido la delantera en Japón, no pudo ver con buenos ojos el establecimiento de los españoles, que les harían competencia comercial. Los españoles, por su parte, creían que a ellos les pertenecían aquellas tierras en virtud de la famosa línea de demarcación de Alejandro VI. Más tarde llegaron los calvinistas holandeses, que no perdonaron medio alguno para dañar al catolicismo; pero esto no tuvo lugar hasta el siglo XVII.

De los diversos puntos de vista participaron también los misioneros, según las naciones a que pertenecían. No es de extrañar, por tanto, que en Manila y en Madrid se apoyase y viese de buen grado la ida de los Franciscanos, y más tarde, la de los dominicos y agustinos, al Japón, mientras que en la India y Portugal, no obstante su dependencia de Felipe II, no se veía esto de buen grado. Los PP. Jesuitas obtuvieron en 1585 de Gregorio XIII el Breve *Ex pastoralis officio*, del 28 de enero, en el cual les daba la exclusividad de la evangelización de Asia Oriental. Pero al año siguiente, el Papa Sixto V daba a favor de los franciscanos la Bula *Dum ad uberes*, del 18 de noviembre, por la cual elevaba la Custodia de San Gregorio Magno de Filipinas al rango de Provincia y le daba facultad para

edificar conventos e iglesias «en todas partes» de Oriente, incluso China. Los Franciscanos interpretaron esta Bula como una derogación, por lo menos para ellos, del Breve de Gregorio XIII, y lo mismo se reconoció en Manila. En 1600, Clemente VIII por la Constitución «*Onerosa Pastoralis officii*», del 12 de diciembre, lo revocó para todas las Órdenes mendicantes, sin distinción de nacionalidades; pero todos los misioneros no portugueses debían hacer el camino vía Lisboa–Goa. Pero también esta cláusula fue abolida por Paulo V, en 1608, por la Constitución *Sedis Apostolicae*, dada a instancias de los Franciscanos, especialmente, y de la Corte de Madrid. De esta manera quedó a libre elección la ruta a seguir para las misiones de Extremo Oriente, a las cuales podían, asimismo, aspirar los miembros de todas las Órdenes religiosas.

¿Cuál hubiera sido la suerte del cristianismo en el Japón si España se hubiera encontrado allí sola, sin choques con otros intereses y países y hubiera desplegado también allí todo su celo misional sin interferencias extrañas? La respuesta no es fácil; pero no sería aventurado el suponer que también en el Imperio del Sol Naciente habría triunfado el catolicismo, como triunfó en los demás países evangelizados por España.

Íntimamente unida a lo que acabamos de decir, como causa de las persecuciones de la Iglesia en Japón y su consiguiente exterminio, figura la ambición y la avaricia de Taikosama, el cual vio ocasión muy oportuna para saciarla en el desgraciado accidente del galeón «San Felipe». Fue la causa inmediata del martirio de los veintiséis crucificados de Nagasaki y de la primera gran persecución, porque las riquezas del galeón ofrecían a Taikosama la oportunidad de resarcirse de los enormes daños sufridos durante los terremotos y ciclones que asolaron el Imperio el año 1596. Sus efectos devastadores alcanzaron también al galeón «San Felipe», que zarpó el 12 de julio de Manila para Méjico con doscientas treinta y tres personas, de las que siete eran religiosos. Las tormentas arrojaron el navío a las costas del Japón y encalló en el puerto de Hirado. Todas las relaciones de los españoles, así las de los viajeros del galeón como la de Bernardino de Ávila, que ya estaba en Japón desde 1584, hacen hincapié en la complicidad de los portugueses, que con toda clase

de manejos trataron de expulsar a los Franciscanos, sin reparar en los medios ni en las consecuencias.

A la llegada del galeón hicieron creer a Taykosama que los religiosos españoles no eran más que espías del rey de España y adelantados suyos para preparar el terreno para conquistar el territorio, como había hecho con Perú, Méjico, Filipinas y otras tierras, y que los del galeón eran corsarios.

Taykosama, que siempre había tratado con suma amistad a los Franciscanos y había concedido libertad de comercio entre su Imperio y Filipinas, cambió repentinamente de conducta con la llegada del galeón. Instado por sus ministros a secuestrar las riquezas que llevaba en mercancías y alhajas, no encontró mejor motivo para romper los compromisos contraídos con Filipinas que hacer caso a las acusaciones lanzadas contra los españoles y contra los frailes de Filipinas. Sin más dilaciones dictó sentencia de crucifixión para todos los misioneros, y con ellos a todos los cristianos. Los jesuitas se libraron gracias al apoyo de varios ministros del emperador ⁵.

A partir de 1598, la Iglesia disfrutó de diversos periodos de paz. Pero de 1612 en adelante, las persecuciones se fueron generalizando cada vez más, hasta acabar prácticamente con el cristianismo⁶. Es justo a partir de esta última fecha cuando tienen lugar la mayor parte de estos martirios que ahora presentamos. Hecha esta breve visión histórica del curso de los sucesos, queremos traer a estas páginas el testimonio de quien vivió en directo los acontecimientos.

Después del martirio insigne de los Santos Protomártires del Japón fray Pedro Bautista, Comisario, y sus cinco compañeros, todos del Orden de nuestro Seráfico Padre Francisco, e hijos de esta santa Provincia de

5. AIA, X, 1918, 54, s

6. Edición en la Biblioteca "España Misionera", de la Historia de las Islas del Archipiélago Filipino y Reinos de la Gran China, Tartaria, Cochinchina, Malaca, Sian, Cambodge y Japón, del P. Marcelo de Ribadeneira, bajo el título "*Evangelización de Filipinas y del Japón*", por los Padres Ribadeneira – Legisima, Madrid, MCMXLVII.

Filipinas, con los veinte Santos japones, que le siguieron y acompañaron en el martirio y consiguieron en el cielo coronas de inmortalidad —dice fray Diego de San Francisco— fue creciendo con su ejemplo, y riego de su sangre, el plantel de esta Santa Iglesia en tanto número..., que el año de mil y seiscientos y trece, en que, como he dicho, comenzó esta última persecución, se contaban en Japón más de seiscientos mil Cristianos; pero el demonio... levantó contra estos ministros una grande persecución, incitando contra ellos los ánimos de los Reyes, Señores y poderosos del Reino, para que los desterraran del Japón.

Y para esto tomó por instrumento a los herejes holandeses, que por este fin los trujo él mismo a Japón. Los cuales han hallado siempre buena acogida en los Señores y naturales de aquellos Reinos (causa de muchos daños en este nuevo orbe, y particularmente de no estar ya todo el Imperio de Japón predicado). Estos herejes, pues, envidiosos de las mejoras y aumentos, que la fe católica y ministros del Evangelio, vasallos del Rey Católico nuestro Señor, tenían y hacían en Japón, y deseosos de acreditarse ellos allí, y que les diese el Emperador puerto, municiones y bastimentos, trato y contrato (como se lo han dado, con lo que hacen guerra en estas partes a los estados del Rey nuestro Señor), irritaron a Goxosama, emperador de Japon y le indignaron mucho contra los cristianos, y más en particular contra los ministros del Evangelio, diciéndole que los ministros eran capitanes de guerra del Rey de España, y se disimulaban diciendo que eran sacerdotes, y que venían a enseñar el camino del cielo, y ya que tenían bautizados el número de gente que les parecía necesario, para poder conquistar el reino, forzaban a los bautizados a que los ayudasen a conquistarlo; que por ser cristianos tenían a ello obligación; y que de esta manera se habían hecho los Españoles Señores de todas las Indias y de otros muchos reinos.

Estas y otras mentiras dijeron al Emperador y sus consejeros, (las cuales), con la apariencia que traían de que podía ser verdad, creídas por ellos, fueron bastantes para conseguir el fin que deseaban. Tuvo juntas y consejos el Emperador con sus Grandes sobre esto; de las cuales salió determinado que los Holandeses e Ingleses (los cuales también ayudaron

a los Holandeses y se hicieron con ellos) fuesen en Japón recibidos y socorridos como amigos, y que los sacerdotes Españoles fuesen expelidos y desterrados de Japón y todos sus Reinos.

Publicóse este mandato del Emperador por todo Japón el año de milseiscientos y trece, aunque no se ejecutó hasta el siguiente, el catorce. Publicado este edicto, o mandato del destierro, los ministros de justicia y soldados, fueron recogiendo por todos los Reinos y provincias de este Imperio a todos los Religiosos de las cuatro Religiones, y clérigos Japones, Dóxicos o Predicadores, Beatas y otros Cristianos personas nobles, conocidos por cristianos en Japón; y nos trujeron y juntaron a todos en la ciudad de Nagasaki (que toda es de cristianos y puerto de mar).

Habiéndonos traído por los caminos con los soldados de guardia, notificósenos que el edicto, o mandato, a catorce de febrero de mil seiscientos y trece, y por el mes de marzo siguiente nos tenían a todos juntos en Nagasaki, los que habíamos de ser desterrados. A siete de noviembre del mismo año salieron desterrados de Japón todos los ministros del Evangelio, que en él había de las dichas cuatro Religiones, con los dichos clérigos japones, dóxicos o predicadores seglares, coadjutores para el ministerio y doctrina de los Religiosos, con muchos japones nobles, hombres y mujeres; de éstos los más embarcaron para Manila en la Islas Filipinas, y otros para Macan en la gran China.

Este mandato en Nagasaki puso en ejecución un gran ejército de soldados, que bajó de la corte, que con gran rigor y violencia hicieron embarcar a todos; salvo algunos que quedaron escondidos entonces, con otros que desembarcaron, de los que iban desterrados algunos japones cristianos, que con piedad cristiana y deseo de que no les faltasen ministros fueron a traerlos en sus embarcaciones y los trujeron y escondieron, con riesgo de sus vidas y haciendas.

Quedamos escondidos, de sólo nuestra sagrada Religión, seis religiosos, conviene a saber: el hermano fray Pedro Bautista, predicador, que quedó por Comisario; el hermano Apolinario Franco; el hermano fray Luís Gómez; el hermano fray Juan de Santa María; el hermano fray Pedro de la Asunción, todos predicadores y ministros de Japón; y el hermano

fray Gabriel de la Magdalena, lego, de gran santidad y virtud, y yo con ellos.

Vinieron por cabezas de aquel ejército y jueces de aquel destierro a Nagasaki tres japones principales, que se llamaban: Faxagaua Safiyoe, Surunga Dono Mamiya, y Gonza Iemon; los cuales después de haber desterrado a los ministros, pastores del rebaño de Dios, juntamente con su ejército comenzaron cruel persecución contra sus ovejas, los japones cristianos de Nagasaki ⁷...»

A este singular testigo, que es Fray Diego de San Francisco, debemos los rasgos biográficos a los que se atuvieron los artistas comisionados para iconografiarlos y rubricarlos con la siguiente inscripción:

«Los Venerables Mres. y Siervos de Dios de la Apostólica Provincia de San Gregorio de Fran-cos Descalzos de las Islas Filipinas; a devoción de piadosos afectos por medio del Procurador General Fr. Juan Duarez se dedica a N. C. M. Dn Carlos III Rey de España y de las Indias, como a Soberano y munificentísimo Patrono del Ral. Colegio seminario de Fran-cos Descalzos que para dicha Prov-a y sus Misiones funda extramuros de la ciudad de Montilla con la advocación de los Ss. Ms. del Japón S. Pedro Bautista y sus 22 Comps. Año 1795: de los ocho últimos no hay aún procesos judiciales sobre su muerte».

La inscripción que encabeza la plancha deja de manifiesto la propuesta paradigmática de los inspiradores: «*Rogate Dominum messis ut mittat operarios in messem suam*»

Y sobre el escudo real, el lema que la enaltece: «*Gloria minorum victorum genus optimum*».

7. *Relación Verdadera y Breve de la Persecución en Japón* (1613—1632) del P. Diego Pardo de San Francisco, OFM., cap. I. Manila, 1625.



NOTA DE LOS AUTORES: La fidelidad a los textos y terminología usada deja de manifiesto un carácter apologético, como corresponde a la época. Contextualizar los calificativos a distintos personajes, políticos o religiosos, o a diversos países, no empece la alta consideración que mantenemos hacia los pueblos y gentes de aquellos escenarios.

editorial Cuadernos del Laberinto

ÍNDICE GENERAL

Preámbulo	pág.	5
------------------------	------	---

Los autores de estas imágenes:

D. José Camarón y Bonomat	pág.	19
D. Manuel Peleguer	pág.	20
Regino Páramo	pág.	20

Algunos tormentos de esta persecución

Colgar por el cuello	pág.	26
Colgar de los pies	pág.	26
Tormento del agua	pág.	28
El Surunga	pág.	30
Tormento de la fosa	pág.	32
La cárcel: tormento ejemplar	pág.	39

Icono-biografías de los testigos de fe en el País del Sol Naciente

Fr. Francisco de Santa María	pág.	52
Beato niño Máximo	pág.	58
Fr. Sebastián de San José	pág.	62
Fr. Antonio de Santa Ana	pág.	70
Vs. Hs. Tomás, Luís, Vicente y Lorenzo	pág.	78
Fr. Alonso de la Soledad	pág.	88
Fr. Pedro de la Asunción	pág.	92
Fr. Juan de Santa Marta	pág.	104
Juan Maximoto Savioye	pág.	114
Tecla, mujer de Juan Savioye	pág.	114
Vº, Hº. Domingo Chonzu	pág.	116
Fr. Ricardo de Santa Ana	pág.	122
Fr. Pedro de Ávila	pág.	136
Fr. Vicente de San José	pág.	144
Ve. Hº León de Satzuma	pág.	156

Lucía de Fretes	pág.	162
Fr. Apolinar Franco	pág.	172
Fr. Francisco de San Buenaventura	pág.	188
Fr. Pablo de Santa Clara	pág.	194
Ve. Hº Juan de Yebenda	pág.	200
Fr. Francisco Gálvez	pág.	206
Mr. Francisco Fayama	pág.	216
Fr. Luís Sotelo	pág.	218
Fr. Luís de San Francisco (o Luís Sasanda)	pág.	234
Hº Luís Baba	pág.	240
Fr. Francisco de Santa María	pág.	246
Fr. Bartolomé Laruel	pág.	254
Fr. Antonio de San Francisco	pág.	262
Vs. Hºs. Francisco Cufioye, Gayo, y Gaspar Báez	pág.	268
Vs. Ms. María (mujer de Gaspar Báez) Tomás Vó Lucas Chiemón, Miguel Chizayemón y Martín Gómez	pág.	276
Fr. Antonio de San Buenaventura	pág.	288
Fr. Domingo de San Francisco	pág.	300
Ve. Hº. Tomé Chicungo, Juan Tomachi y mateo Alvoz	pág.	306
Ve. Ms. Luis Nifachi, Miguel y Lucía	pág.	314
Ve. Hºs. María Namesi, Domingo Kurobioye, Juan Savioye	pág.	328
Mr. D. Juan Presbítero	pág.	336
Ve. Mr. Pedro de Xenday, Thomé Sacujutu y Tomé de Omura	pág.	342
Mr. Hº. Pablo Yaychi, Clara y Joaquín	pág.	352
Fr. Jerónimo de la Cruz	pág.	362
Fr. Gabriel de la Magdalena	pág.	374
Ve. Mr. D. Juan Jerónimo	pág.	384
Fr. Luís Gómez	pág.	390
Fr. Juan Torrella	pág.	400
Fr. Ginés de Quesada	pág.	410
Fr. Cosme de las Llagas, Fr. Martín de S. Buenaventura y Fr. Vicente de San Lorenzo	pág.	422
Mr. Juan Presbítero	pág.	432

Vs. Apolinar y Cohermanos	pág.	438
Fr. Jerónimo de San José	pág.	446
Fr. Blas Palomino	pág.	452
Fr. Juan de Palma	pág.	458
Fr. Lorenzo Garralda	pág.	464
Fr. Francisco de San Juan	pág.	468
Fr. Francisco de San Ildefonso	pág.	471
Fr. Alfonso de San José	pág.	473
Fr. Juan Simón	pág.	476
Fr. Juan de Silva	pág.	480
Fr. Juan Beltrán	pág.	484
Fr. Fernando de Olmedilla	pág.	488
El Santoral Franciscano	pág.	493
BB. Pedro, Juan, Ricardo, Ana y Vicente	pág.	497
BB. Pedro de Ávila, Lucía y León,	pág.	498
BB. Apolinar Franco, Francisco, Pablo y Francisco Gálvez	pág.	499
BB. Luís Sotelo, Luís Baba y Bartolomé Laruel	pág.	500
BB. Francisco, Antonio, Gaspar, María y Tomás	pág.	501
BB. Francisco Cufoie, Lucas, Miguel, Luís Matzuo y Luís Maqui.	pág.	502
BB. Luís Nifachi, Francisco, Juan, Domingo, Miguel y Román	pág.	503
BB. Antonio Bueno, Domingo, Jerónimo y Gabriel	pág.	504
Bibliografía general	pág.	507
Índice de ilustraciones y gráficos	pág.	521